

# KOKORO

*Revista para la difusión de la cultura japonesa*



Nº 4 2011

ISSN: 2171-4959

# REVISTA KOKORO

## DIRECTOR

Fernando Cid Lucas

## JEFA DE REDACCIÓN

Irene Criado López

## REDACTORES

Austin Brady  
Carmen Dorado Fernández  
Julio Mogollón Jiménez  
Antonio Rodríguez González

## COMITÉ CIENTÍFICO

*Asesor de Comité*

Dr. Federico Lanzaco Salafranca (Sophia University, Japón)

*Miembros*

Dr. David V. Almazán Tomás (Universidad de Zaragoza, España)

D<sup>a</sup> Anjhara Gómez Aragón (Universidad de Sevilla, España)

Dr. Thomas Heyd (Alberta University, Canadá)

Dr. Edward Menta (Kalamazoo College, EE.UU.)

Dr. Andrés José Pociña López (Universidad de Extremadura, España)

Dr. Fernando Rodríguez-Izquierdo y Gavala (Universidad de Sevilla, España)

Dr. Carlos Rubio de la Llave (CES Felipe II, España)

Dra. Michiko Tanaka (El Colegio de México, México)

Dr. Masaki Tsunokawa (Tokai University, Japón)

Dr. Keishi Yasuda (Ryukoku University, Japón)

**Ilustración de portada:** D<sup>a</sup> Kumiko Fujimura

**Maquetación:** Helios De Rosario Martínez

**Edita:** Revista Kokoro

**Imprime:** Ricopy. C. / Santa Joaquina de Vedruna, nº9. C.P.10001 (Cáceres) Tlf. 927 626 101

**DL:** CC-47-2010

**ISSN:** 2171-4959

**IMPRESA EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN**

## EDITORIAL<sup>1</sup>

Y llegó el esperado número cuatro de *Kokoro*. Hace ya dos años que comenzamos nuestra andadura y, desde entonces, muchas cosas han sucedido: el equipo editorial se ha hecho más fuerte y hemos comprobado que sabemos trabajar unidos; los apoyos desinteresados se mantienen —aun en estos tiempos difíciles que nos han tocado vivir— y los colaboradores sacan tiempo de sus apretadas agendas para hacer un hueco a esta humilde revista. Gracias. Gracias de todo *corazón*.

A pesar de crisis, recesiones, recortes y otras palabras que no traen sino oscuros nubarrones a nuestras mentes, el amor hacia Japón sigue expresándose en castellano de forma progresiva. Perdemos la cuenta ya de los congresos, conferencias, libros, artículos o noticias referentes a sus gentes y a cualquier ámbito de su cultura (clásica o contemporánea), que surgen desde los más diversos puntos de la geografía española. Damos fe de que cualquier propuesta salida de la Embajada del Japón en España, de la Fundación Japón o de Casa Asia es seguida por un buen número de incondicionales, efecto al que se puede sumar cada número de *Kokoro*, ya que cada vez son más las peticiones que recibimos para leer en papel o en soporte digital sus páginas semestrales.

Cruzamos los dedos y seguimos trabajando duro para que todo siga como hasta ahora, o tal vez mejor. Soñar, al menos de momento, no resulta gravoso. Salud y hasta el próximo número.

Fernando Cid Lucas  
Director de *Kokoro*

1. El equipo editorial de *Kokoro* celebra la reciente aparición del libro de Javier Vives *El teatro japonés y las artes plásticas* (Gijón, Satori, 2010).

# Azaleas entre rocas: el amor homosexual en la literatura japonesa

Carlos Rubio López de la Llave  
*CES Felipe II (Universidad Complutense de Madrid)*

|                            |                                    |
|----------------------------|------------------------------------|
| ¡Ah, el silencio           | <i>Omoizuru</i>                    |
| que este amor que me quema | <i>Toki no yama no</i>             |
| me hace guardar            | <i>Iwatsutsuji</i>                 |
| cuando al Tokiwa cubren    | <i>Iwaneba koso are</i>            |
| azaleas entre rocas!       | <i>Koishiki mono o<sup>1</sup></i> |

De este poema anónimo de la más venerada de las antologías poéticas de Japón, *Kokinshū*,<sup>2</sup> del año 905, hizo bandera la literatura homosexual japonesa; y de su metáfora de las azaleas entre rocas (岩躑躅, leído *iwatsutsuji*), el emblema. Por eso la eligió como título —*Iwatsutsuji*— la primera colección de poesía clásica japonesa dedicada exclusivamente al amor homosexual, del año 1676. Compilada por Kitamura Kigin (1625-1705), probablemente es la primera en su género del mundo. Pero Kitamura escribía en la edad de oro de la literatura homosexual del Japón, una edad que, como la vida de los humanos, estuvo sujeta a juventud, madurez y decadencia.

La presente indagación tiene como objeto ofrecer un panorama hasta nuestros días de los años más significativos de esa edad: la vida literaria de la homosexualidad en Japón.

La homosexualidad masculina japonesa tiene una historia larga y bien documentada, cualidades que, por desgracia, le faltan a la femenina<sup>3</sup> debido, en gran parte, a que en Japón, como en muchos otros países, la sexualidad era expresada tradicionalmente desde una perspectiva masculina, incluso en el contexto de una literatura escrita por mujeres tan rica y espléndida como es la japonesa en la llamada época de Heian (s VIII-XII). Otro punto de partida que hay que tener en cuenta es que la práctica de la homosexualidad en Japón, en llamativo contraste con los países de Europa, sin excluir en esta amplia categoría a aquellos cuyos gobiernos adoptaron una filosofía oficial atea en su pasado reciente como los antiguos países del llamado bloque comunista, no estaba tabuizada por haber sufrido un estigma social y ético. En el Occidente judeocristiano, el amor homosexual era identificado primero como pecado; después, como una anomalía

médica, social o psicológica. Según John Boswell no hubo una intolerancia importante en los países cristianos contra la homosexualidad masculina hasta el siglo XII.<sup>4</sup> En Japón, las cosas fueron muy distintas. Al menos hasta 1868. En las dos o tres décadas siguiente a esa fecha, el gobierno de Meiji, en un ambicioso intento por lograr la paridad social de las naciones de Occidente, por asociar «inmoralidad cristiana» a atraso e incivilización y por emular, en suma, los valores de los potencias colonialistas, especialmente de Estados Unidos y Gran Bretaña, cuya moral victoriana había «ajusticiado» por esos años a Oscar Wilde, declaró ilegal la homosexualidad, igual que hizo con la prostitución. Furukawa Makoto observa que a finales de la primera década del siglo XX, con la importación de la sexología europea y norteamericana, las prácticas homosexuales empezaron a ser interpretadas a través del nuevo código de una sexualidad pervertida y no a través del código del amor entre hombres (*nan-shoku*) que había prevalecido hasta entonces.<sup>5</sup> El nuevo código penal japonés, modelado a imitación del que regía en Prusia, incluyó la sodomía como un delito (鶏姦罪, *keikanzai*) al que más tarde colgó la etiqueta de «obsceno» (*waisetzusai*). Los hallados culpables podían ser detenidos y encarcelados por actividad homosexual. Fue uno de los productos negros que en la cesta de la compra de la «modernidad» a la occidental, Japón se vio obligado a adquirir de los países cristianos, como también lo fueron el

colonialismo y la agresión militar a los países de su entorno.

La tolerancia histórica que en el Japón premoderno y antiguo ha disfrutado la homosexualidad ha sido una consecuencia de la actitud desinhibida hacia el sexo. En la sociedad tradicional japonesa, especialmente en las comunidades dedicadas a la agricultura y a la pesca, el sexo, ya fuera practicado dentro o fuera del núcleo familiar, no era considerado algo que había que ocultar. Era común la descripción de actividades y símbolos sexuales en juegos y bailes celebrados en festividades locales en el curso de las cuales los hombres y mujeres podían abandonarse a prácticas promiscuas. A pesar de que estos aspectos de la vida rural raramente han merecido descripciones literarias, estudios etnográficos sobre el Japón premoderno han verificado la realidad de tales costumbres. También está el testimonio del Otro. Por ejemplo, el que se presentó en el siglo XVI.

En efecto, la tolerancia social hacia la práctica homosexual, especialmente cuando era practicada por los monjes budistas del siglo XVI, causó un tremendo shock conceptual y moral a los misioneros europeos que a mediados de ese siglo llegaron a Japón. El «abominable pecado de los bonzos [...] con los moços que enseñan a leer y escribir»,<sup>6</sup> en palabras de san Francisco Javier contrastaba llamativamente con los valores éticos y sociales de los japonesas reconocidos por aquellos primeros occidentales en co-

nocerlos. Práctica homosexual y virtud moral en la misma persona no casaban bien en la mentalidad de los misioneros. También era habitual entre los samuráis. George Sansom ha mencionado que el santo español se quejó de que los tres grandes pecados de los japoneses eran «la idolatría, la sodomía y el aborto». Este historiador afirma que el jesuita, predicando el Evangelio ante el daimio Ouchi Yoshitaka, se refirió a la segunda de esas «abominaciones» como especialmente horrenda y añadió que quienes la cometían «eran más sucios que los cerdos y caían más bajo que los perros». Al oírle hablar así, el «daimio cambió de color y con razón, porque tanto él como muchos samuráis y monjes de esa parte de Japón, se entregaban a tal hábito».<sup>7</sup> Otro misionero que llega más tarde, el napolitano Alexandre Valignano, acepta el siguiente retrato psicológico: «los japoneses son excepcionalmente racionales, ingeniosos, bravos pundonorosos, elegantes, ceremoniosos, sodomitas y crueles».<sup>8</sup>

Sí, Japón entonces era diferente, unas diferencias que en el ámbito de la práctica homosexual estaban respaldadas por una larga tradición social. Y en Japón, ya se sabe: o tradición o muerte. Aunque las fuentes de esa tradición que, en plena edad de oro de la homosexualidad en la literatura, a fines del siglo XVII, van a ofrecer el escritor más representativo del género, Ihara Saikaku (1642-1693), son ciertamente dudosas, es significati-

vo que muchas de ellas sean literarias. En el prefacio de su obra *Nanshoku Ookagami* (男色大鑑, 'El gran espejo del amor entre hombres'), sitúa el «origen histórico» del amor homosexual en el periodo de la era de los dioses, anterior incluso a la aparición de las deidades masculinas y femeninas de la cuarta generación, con cual otorga precedencia cronológica al amor homosexual sobre el heterosexual. Incluso, en un alarde de ingenio, deforma uno de los mitos de la creación, formulados en el *Nihon shoki*, para poner a la defensiva a los defensores del amor heterosexual. En esa crónica del año 720 hay una historia según la cual un pájaro agita la cola ante los dos dioses progenitores de Japón, Izanagi e Izanami, que no estaban muy seguros de cómo copular. En la versión humorística de Saikaku, el pájaro inspira a Kuni toko tachi para que intente el coito anal con el jovencito Hi no Chimaru, «el joven de los mil soles». Este nombre es totalmente ficticio y tiene un parecido indudable con el de la Diosa del Sol Amaterasu. Además, Saikaku localiza la lección sobre sexo en el lecho seco de un río debajo del mítico Puente Flotante del Altiplano que unía el Cielo con la Tierra, un lugar reconocido por los lectores de fines del XVII como el río Kamo, en Kioto, que a su paso por el barrio de Shijō presenta un lecho seco. Este lugar era uno de los centros de prostitución masculina del mundo del kabuki en los días de Saikaku.<sup>9</sup>

Por si eso no bastara, Saikaku bautiza a Japón con una etimología falsa: *seirei koku* o «país de las libélulas», derivada, según él, del hecho de que estos insectos se aparean por atrás, la postura que el escritor reserva para la práctica del coito homosexual. Después, manipula el mito del matrimonio del dios Susano con Kushi Nada, afirmando que el interés del dios por las mujeres se desarrolló sólo después de que dejó de ser capaz de atraer a jovencitos, y deduciendo que la carga socioeconómica del matrimonio heterosexual y la crianza de hijos está causada por la incapacidad de resistir al amor inferior de las mujeres.<sup>10</sup> La historia ficticia de la homosexualidad literaria japonesa es para Saikaku un pretexto por medio del cual parodia los iconos de la literatura clásica de su país, especialmente aquellos más emblemáticos del amor heterosexual. Para empezar, Arihara no Narihira, el don Juan de las letras niponas. Las múltiples aventuras galantes de este cortesano del siglo IX le valieron el apelativo del «dios del *yin* y el *yang*» («el dios del amor entre hombres y mujeres»). Saikaku se inventa una relación amorosa que duró cinco años entre Narihira y el hermano menor de la dama Ise, Daimon no Chujō. Para los conocedores de la obra de Narihira, este joven pudo haber sido el príncipe Koretaka (844-897), cuya hermana ha sido identificada con Yasuko, la sacerdotisa del santuario sintoísta de Ise en la historia número 69 de *Cantares de Ise*.<sup>11</sup> La pre-sunción de Saikaku pudo estar basada en

que Narihira actuó como mensajero de Koretaka y en la intensidad emocional de algunos de los poemas que le dedicó. Saikaku llega a decir del Don Juan japonés: «Después de alcanzar la mayoría de edad, abandonó a su futuro amante y se dirigió a Nara. El gorro de color púrpura que llevaba le convierte sin lugar a dudas en el padre de todos los actores de kabuki».<sup>12</sup> Con las palabras «futuro amante», Saikaku pudo estar refiriéndose a la leyenda que atribuía el poema del *Kokinshū* sobre las azaleas entre rocas, que encabeza este artículo, a Shinga Sūzu (801-879) y cuya composición fue inspirada por una pasión secreta por Narihira. Sōzu era un monje discípulo de Kūkai, de quien hablaremos más adelante, y su referencia al «silencio», en el primer verso, no se refiere tanto al estigma que pudiera tener el amor homosexual cuanto a su posición como monje que ha renunciado al mundo de la pasión carnal. En cuanto al «gorro de color púrpura» que llevaba Narihira, se trata de una asociación con el «soberbio quimono de caza» hecho de «rico brocado de seda» del primer episodio de los *Cantares*. De esa guisa, Saikaku aludía a una costumbre contemporánea entre los actores jóvenes de kabuki de cubrir sus cabezas con pañuelos de color púrpura. La relación entre estos pañuelos, bien conocidos en el mundo del teatro de su tiempo, y el quimono púrpura de un mito literario como Narihira creaba un efecto humorístico, aunque ciertamente bastante traído por los pelos, del agrado segura-

mente de los actores y amantes del kabuki entre quienes se contaban muchos de los lectores de Saikaku.

Otro mito literario que no escapa de las apañes del gran escritor de la época de Edo es el cortesano monje Yoshida Kenkō (1283-1352), autor de *Confesiones de un ocioso*, para muchos el gran manual de estética japonesa.<sup>13</sup> Saikaku, amparándose tal vez en algunos puntos de misoginia que hay en esta obra, afirma que el cortesano monje envió un alud de cartas amorosas a un sobrino de Sei Shōnagon de nombre Kiyowakamaru. Un disparate, en primer lugar, por la disparidad cronológica entre la vida de Kenkō y la del sobrino de una escritora como Sei Shōnagon que vivió en las postrimerías del siglo X. La absurda afirmación esconde el deseo de basar la legitimización literaria de la homosexualidad en consideraciones estéticas y asociaciones con un conocedor de la vida tan prestigioso como el monje-cortesano.

Hasta aquí las manipulaciones de Saikaku. Tradicionalmente se ha dicho que la práctica de la homosexualidad en Japón data de los primeros siglos de la llamada época de Heian (794-1185) cuando monjes budistas la introdujeron de la China de los Tang. Es evidente que debía existir mucho antes en Japón, pero esta adscripción tradicional sirve para explicar por qué la homosexualidad era una forma preferida de expresión sexual entre los monjes budistas para quienes estaban prohibidas las relaciones con

mujeres. La vieja tradición budista del amor entre hombres ponía el acento en el efecto del amor entre el monje y el novicio como ayuda para adquirir la iluminación. Uno de los iconos más poderosos de esta tradición fue el famoso monje Kūkai o Kōbō Daishi (774-835), fundador de la escuela budista Shingon, además de poeta, calígrafo y escultor, que pasó dos años en China y al cual, entre otras muchas innovaciones, se le atribuía la introducción de la homosexualidad en Japón. Hacia el siglo XVII, cuando la sociedad japonesa estaba tan secularizada que empezaba a dotar de nuevos contenidos a los símbolos religiosos, esta leyenda estaba tan arraigada en la iconografía literaria que a Kūkai se le consideraba el santo patrón del amor entre hombres. Tanto era así que solo la mención del monte Kōya, donde se asentaba el complejo monástico por él fundado, señalaba homosexualidad.<sup>14</sup> Probablemente lo que Kūkai trajo de China fue la legitimación budista, con el prestigio que todas las costumbres del continente debían ejercer entre los japoneses del siglo IX —un fervor no muy diferente al suscitado por lo que ahora llega de Occidente— de una práctica homosexual sin duda tan antigua como el hombre.

Lo cierto es que la sanción religiosa de Kūkai fue duradera, pues sabemos que ciento cincuenta años después, en su célebre tratado religioso *Ojōyōshū* («Doctrina esencial del renacimiento en la Tierra Pura», de 985) el monje Genshin



se refiere a los castigos terribles que esperan a los homosexuales en el purgatorio budista. Las descripciones aterradoras de Genshin tal vez no tuviera mucho efecto en erradicar la homosexualidad, pero el simple hecho de que juzgara necesaria la advertencia, y que la formulara con tal vehemencia, puede hablar a favor de la popularidad de la práctica homosexual en su tiempo.

La poesía clásica compuesta en chino por los monjes japoneses para celebrar sus sentimientos homosexuales fue otro importante aspecto de la tradición budista homosexual que con tanto ardor habrían de denostar los misioneros cristianos. Concretamente, tal como nos ha llegado en lo que en la historia de la literatura japonesa se conoce como «literatura de Gozan» o de los Cinco Templos. Esta eclosión literaria está en relación directa con la expansión del budismo zen en Japón durante los siglos XIII-XV procedente, también, de China y que fue en parte consecuencia del favor que el nuevo gobierno militar de Kamakura, deseoso tal vez de distanciarse espiritualmente de las escuelas budistas asociadas al viejo régimen cortesano —Tendai y Shingon—, dispensó a la nueva escuela que ponía de relieve la «práctica difícil». <sup>15</sup> En el siglo XIV este gobierno estableció cinco templos budistas de la escuela zen en Kioto y otros cinco en Kamakura, la capital de sogunato por entonces. Si en las artes plásticas, la cultura que florece en esos templos zen tiene

como máximo exponente la pintura *sui-boku* de tinta china, en poesía sobresale la escrita en chino por monjes japoneses bien versados en esa lengua por sus años en China o por haber recibido instrucción directamente de monjes chinos. <sup>16</sup> El cultivo de la lengua china como vehículo poético tenía una larga tradición en Japón. Se llamaba *kanshi*, en oposición a *waka* que era la contraparte japonesa y de carácter oral, y era practicada como señal de prestigio por los letrados de la corte, el más ilustre de los cuales fue Sugawara no Michizane (845-903). Es curioso, además, que fuera en *kanshi* y no *waka* en donde se airearan asuntos no canónicos o, por menos, no aceptados por la tradición, como la pobreza, el hambre o la enfermedad. Pues bien, en el «tercer periodo», como lo llama Katō, de la literatura Gozan un tema representativo de esta poesía budista en *kanshi* será el amor homosexual. Experimenta una especie de proceso de japonización alejándose de los temas edificantes y didácticos del primer periodo. Parecida situación ocurriría más tarde cuando los poetas confucianos de la época de Edo (s. XVII-XIX) emulen a los chinos y se pongan a escribir poemas amoratorios en chino. A diferencia, sin embargo, de lo que ocurrirá después, los templos zen de la época Muromachi (s. XIV-XV) no admitían mujeres, por lo cual el objeto del amor de los monjes eran los jóvenes novicios y aspirantes a la vida religiosa que vivían en los templos.

Característico de esta poesía homosexual son el *Shinden shikō* (1447) de Shinde Shōban (1380-1452), el *Ryūsuishū* (1462) de Tōshō Sūgen y el *San eki shikō* (hacia 1520) de San Eki Eīn. He aquí una muestra de la segunda obra mencionada:

*Pasamos la noche en el mismo lecho  
y ahora, la palidez de la luna del alba  
ante nuestros ojos por la ventana,  
dibuja nuestras sombras:  
Dos patos mandarines  
que celebran la gloria eterna de una noche  
de amor.  
Nuestro templo es como el Kinsan, en el  
Yan Tse.<sup>17</sup>*

La imagen de los dos patos como expresión del amor de la pareja y la mención de topónimos extranjeros son rasgos habituales en la poesía en *kanshi*.

La existencia de esas colecciones da fe del desarrollo de esta poesía homosexual, una de las contribuciones del zen, curiosamente poco conocida en Occidente donde tanto interés suscita esta escuela budista.

Pero el *kanshi* no era el único vehículo poético para tratar el amor homosexual. También *waka* (poesía en japonés). La tradición de poemas en *waka* compuestos por monjes para celebrar sus sentimientos homoeróticos culmina en la aparición de una colección, ya mencionada, *Iwatsutsuji*, del año 1667, que anuncia el esplendor de esta literatura. Es atribuida a Kitamura Kigin (1624-1705), un poeta y crítico de la escuela Teitoku

que fue maestro de Bashō en el arte del *haikai* (futuro haiku). Pero no nos adelantemos.

El florecimiento de la literatura homosexual escrita por los monjes budistas va a legitimar el camino a una tradición heredada por la sociedad de samuráis en los siglos siguientes. ¿Sólo en los siguientes? En el gran clásico de la literatura de samuráis, el *Heike monogatari*, que trata las guerras que dieron a traste con el gobierno cortesano a finales del siglo XII, se mencionan con frecuencia samuráis importantes que entran en batalla acompañados de sus pajes, jóvenes atractivos, celebrados a veces también por su vigor y valor en el combate, como Kikuō, el paje del general Noritsune que en la batalla de playa de Katsura iba vestido con coraza de verde glauco. «Tenía dieciocho años y su muerte [en combate] le produjo tanto pesar a Noritsune, el famoso arquero, que al punto se retiró de la batalla». <sup>18</sup> Era posible que los señores de la guerra de entonces imitaran los usos de la clase cortesana más alta. Se sabe, así, que durante los reinados de los emperadores retirados Shirakawa (reinado de 1073-1087) y Toba (r. 1107-1023) se contrataba a jóvenes agraciados en el servicio de la corte como compañeros sexuales. <sup>19</sup>

Así, pues, en la corte, en el campo de batalla, en el templo budista. La relación, por otro lado, entre homosexualidad y artes escénicas es también añeja. Probablemente la oligarquía militar de los As-

hikaga adoptó abiertamente la práctica homosexual de otros clanes. Así, el menazgo ejercido por el sogún Yoshimitsu a favor del joven actor Zeami (1363-1443) en la segunda parte del siglo XIV se derivó de una atracción homosexual sentida cuando vio actuar a Zeami con sólo doce años. El resultado fue el establecimiento del teatro noh como el drama oficial de la elite militar gobernante. También hay elementos homosexuales en los orígenes pintorescos del kabuki, un teatro, como el noh, en donde la tradición impide la actuación de mujeres. Pero no en sus comienzos. Parece que la popularidad inicial del kabuki con actrices fue principalmente debida a su carácter sensual y erótico. Debido a ello y a las frecuentes reyertas provocadas entre los espectadores que se disputaban los favores de las comediantas, el gobierno Tokugawa prohibió en 1620 la aparición de las mujeres en escena. Para sustituirlas se recurrió al *wakashu kabuki* (kabuki de adolescentes), que también tuvo éxito aunque, como ocurrió con su predecesor, no fue debido, como a menudo se afirma erróneamente, a la perniciosa influencia en la moral o al fomento de la prostitución masculina —al parecer muchos de los jóvenes artistas no tenían más de quince años—, sino a los desórdenes que provocaba la obtención de los favores de los efebos, siendo prohibida su representación en 1654. El gobierno Tokugawa toleraba la inmoralidad, pero no el desorden público. Y no fue prohibido antes porque el mismo sogún

Tokugawa Iemitsu (1604-1651) tenía una afición notoria por los actores efebos. Más tarde volvió a permitirse pero sólo con actores maduros interpretando los papeles femeninos. Se creó así la figura del *onnagata* que aportó al kabuki un elemento homoerótico de un impacto formidable. Y a la inversa, se daba la personificación de atributos masculinos que podían asumir las mujeres —por ejemplo, cuando interpretaban el *gidayū*, la narraciones musicales de amor e intriga, un coto tradicionalmente masculino—, incluso en la época de Meiji. En ambos casos había una subordinación ideológica del sexo a sus atributos (la masculinidad o la feminidad) que, hasta los albores del Japón moderno, ejercerá una profunda influencia en el orden social determinado por la percepción tanto de la masculinidad como de la feminidad.<sup>20</sup>

Precisamente samuráis y actores de kabuki van a ser los dos colectivos retratados en la obra reina de la literatura homosexual japonesa, la mencionada *Nanshoku Ookagami* de Ihara Saikaku, de la cual hay en castellano una traducción incompleta y desde el inglés (*Historias de amor entre samuráis*, Barcelona: Laertes, 1982). Aunque empezó siendo conocido como poeta, el autor de esta obra, Ihara Saikaku es hoy famoso por sus obras en prosa: escribió veinticinco en un lapso de once años. Todas ellas dirigidas a las clases de comerciantes y artesanos, los *chōnin*, que pueblan esas urbes prósperas de Japón. Ha pasado a la historia litera-

ria, sobre todo, por haber dado categoría literaria al erotismo. Temáticamente, los libros de Saikaku forman el núcleo de un género de literatura popular nuevo en su tiempo, el *ukiyo zōshi* o «libros del mundo flotante». En ellos se retrataba, en forma de caricatura, los barrios de placer, los distritos de teatro y la vida cotidiana de los *chōnin*. Originalmente *ukiyo* significaba el mundo fugaz o flotante de la transitoriedad del budismo, pero en la época de Saikaku «flotante» era el atributo natural de una vida gozosa, y también la expresión cambiante del mundo o los altibajos de la vida cotidiana.

El *Nanshoku* es una colección de cuarenta historias que describen las relaciones homosexuales entre adultos y jovencitos. Descripciones escabrosas, vulgares o pornográficas no hay. Como en el matrimonio, el sexo era solo un elemento de la relación adulto-adolescente. La actitud del autor es crear una versión idealizada del amor homosexual utilizando, sobre todo, la tradición de los samuráis. Un rasgo definitorio de la cultura japonesa premoderna era que las relaciones homosexuales debían realizarse entre un hombre adulto y un adolescente, llamado *wakashu*. Cuando el *wakashu* alcanzaba la edad de diecinueve años, celebraba una ceremonia de mayoría de edad, se rapaba la cabeza y adquiría el estatus de adulto, lo cual le permitía asumir el papel de tal en una nueva relación homosexual. El *wakashu* era identificado, sobre todo, por las

mangas largas de su quimono y por su peinado. Lo mechones que le caían sobre las sienes o la frente constituían uno de los grandes atractivos eróticos para los adultos, que tenían la cabeza rapada. Las cuarenta historias están subdivididas en veinte sobre amores entre samuráis y veinte sobre la prostitución masculina entre actores de kabuki. La obra en conjunto es el resultado de una subcultura homosexual que floreció en los recintos eróticos de los barrios de placer de las grandes urbes del Japón del siglo XVII y XVIII, Kioto, Osaka y Edo (actual Tokio). Unos siglos que bien pudieran denominarse la «edad de oro» de la homosexualidad, pues era practicada con un aplomo y atención a la belleza sin parangón en ninguna otra cultura premoderna. Generó un corpus sustancial de literatura de ficción que trataba de temas homoeróticos, llamada en japonés *shudō bungaku* (衆道文学, «literatura homosexual»). Estos libros florecían en respuesta a una creciente demanda de las nuevas clases urbanas y se comercializaban gracias a la próspera industria editorial centrada, primero, en la ciudad de Kioto. Tales obras —como el *Shin yūki* (1643), un tratado sobre el amor homosexual, y los manuales de evaluación de los actores de kabuki (*yakusha hyōbanki*)— reflejaban la noción cultural de que el amor romántico había que buscarlo fuera de la institución del matrimonio, pero no en el mundo de la prostitución. Por otro lado, el sexo por diversión con prostitutas, de un sexo y de otro, era una prerro-

gativa de cualquier chōnin que pudiera pagarlo. En el mundo flotante del ukiyo las diferencias sociales podían borrarse, al menos momentáneamente, con el dinero. Se desarrolló, con la naturalidad con que crece la hierba después de la lluvia en primavera, una cultura del «conocedor de las artes eróticas». En este contexto, en los libros y tratados sobre estas creció una compleja iconografía de símbolos. Cada uno recibió su nombre: *nyodō* era el «camino o arte de amar a las mujeres» y *wakashudō* (abreviado como *shudō* o *jakudō*), «el camino de amar a los jovencitos». Ambos tenían sus arquetipos literarios. El primero, clásicos como el mencionado Ariwara no Narihira, de los *Cantares de Ise*, el Príncipe Genji, del *Genji monogatari*. Los prototipos literarios del amor homosexual estaban entre la elite de los samuráis y el clero budista. Y, si faltaban, ahí estaba un escritor como Ihara Saikaku para fabricarlos, como hemos visto. Las características de la tradición del amor homosexual entre samuráis destacaban la lealtad entre el amante y el amado y la ayuda mutua que ambos debían prestarse. El hombre adulto, a menudo llamado *nenja*, ofrecía protección y empleo al *wakashu*, el cual, a cambio, debía corresponder con fidelidad y sinceridad. No eran infrecuentes demostraciones de devoción consistentes en auto mutilaciones de alguna parte del cuerpo. La prueba suprema del amor de un *wakashu* samurái era cometer *seppuku*; en cambio, en el caso de un actor de kabuki el sacrificio máximo

era abandonar el escenario o abrazar la vida religiosa. Las páginas del *Nanshoku* están llenas de efebos samurai o actores que, apremiados por la intensidad de sus emociones o por las circunstancias de una sociedad rigurosa, realizan tales alardes de la sinceridad de su amor. Los deberes mutuos eran una traslación, en esta sociedad urbana, de los que regían en la relación señor y vasallo, o entre el samurái y su paje en los tiempos del *Heike monogatari*. En el *Shin yūki*, por ejemplo, se urge a los *wakashu* a que acojan las propuestas sexuales de los samuráis adultos cumpliendo así su destino como jóvenes agraciados. Otro libro, el *Dembu monogatari* (1624-1643) plantea el debate, que asumirá Saikaku, sobre los méritos relativos de hombres o mujeres como parejas sexuales. La existencia de tales debates, llamados *danjo yūretsu ron*, sugiere que, aunque el amor sexual no estaba estigmatizado, era practicado por una minoría de hombres y exigía cierto argumento frente a la mayoría que prefería el amor de mujeres. Como el móvil de los debates era justificar sus preferencias, muy pronto el vocabulario del conocedor incorporó el término de *tsū* para denotar la persona con discernimiento y gusto frente a los que, por preferir a las mujeres, demostraban rudeza e incultura (*yabo*). En su obra, Saikaku describe dos clases de hombres: los aficionados a los hombres (*shōjin zuki*) y los aborrecedores de mujeres (*onna girai*). Los primeros tienen un interés sexualmente no exclusivo en los hombres, lo

que significa que podían estar casados, engendrar hijos y mantener relaciones íntimas con mujeres. En la terminología actual, serían «bisexuales». El segundo grupo, en cambio, está formado por homosexuales propiamente dichos, es decir, hombres que no se casaban con mujeres a las que rechazaban por completo como parejas sexuales. En el lenguaje del conocedor que construye Saikaku, los *onna girai* simbolizaban la devoción sincera que requería el arte del amor homosexual. Se convirtieron, por tanto, en las figuras en torno a las cuales el autor levantó la estructura idealizadora de este género de amor. La consecuencia, fue el tono misógino de las páginas del libro, ofensivo sin duda para las lectoras de nuestro tiempo, pero que no debe entenderse en contra de las mujeres como tales, sino contra los hombres que gustaban de ellas.

El primer episodio consiste en una exposición que rezuma ironía sobre el amor homosexual contrapuesto al heterosexual el cual, naturalmente, sale malparado. La conclusión es:

Quando se compara el amor entre los hombres y el amor hacia las mujeres y uno se pregunta por cuál de los dos inclinarse, comprendemos que, por atractiva y dulce que pueda ser una mujer y por bajo y feo que sea un hombre, resulta insultante para el hombre discutir las dos formas diferentes de amor bajo la misma categoría. Una mujer se asemeja a una planta que, a pesar de todas sus flores, extiende sus zarcillos trepadores y se enrosca en torno a uno. El adolescente, en cambio, es dis-

tante aunque exhala una indescriptible fragancia semejante a las primeras flores del ciruelo. Debido a esto, a la hora de discutir los méritos relativos de una y otra clase de amor, las mujeres han de ser relegadas a favor de los hombres.<sup>21</sup>

Pasó la edad de oro y llegó el invierno con la llegada de los barcos negros del comodoro Perry en 1854. Y tras ellos, las nociones de moralidad de Occidente y los viejos prejuicios contra la sexualidad —qué no decir de la homosexualidad— de la modernidad en la que Japón deseaba adoctrinarse a toda costa. La prohibición del gobierno japonés de un libro como *Vita sexualis*<sup>22</sup> —una inocente colección de episodios autobiográficos sobre el desarrollo de la sexualidad desde la infancia hasta la juventud— de uno de los patriarcas de la literatura moderna japonesa, Mori Oogai (1862-1922), a las tres semanas de aparecer, el 28 de julio de 1909, fue la siniestra fiesta de celebración del bautizo de Don Japón Moderno. El mismo Oogai habría de tocar el tema de la homosexualidad femenina en uno de sus relatos, *Gyūgenkei* (1915), la recreación imaginativa de la vida de una poetisa china. Esta vez el asunto pasó desapercibido. En uno de los pasajes, la protagonista Yu es iniciada en varias prácticas sexuales con el resultado inmediato de una atracción lesbiana por una de las empleadas del templo. Al parecer, el autor había sido inspirado por la vida privada de su contemporánea Hiratsuka Haruko (Raichō), una de las figuras centrales del movimiento feminis-



ta que había fundado la revista literaria femenina *Seitō* («La media azul») cuatro años antes.<sup>23</sup>

La ficción del Japón moderno, sin embargo, conoció el tratamiento de diversos comportamientos sexuales: la prostitución (Higuchi Ichiyō, Izumi Kyōka, Nagai Kafū, Hayashi Fumiko, Yasunari Kawabata, Okamoto, Kanoko), el lesbianismo (Yoshiya Nobuko, Miyamoto Yuriko, Junichirō Tanizaki), homosexualidad masculina (Inagaki Taruho), androginia o hermafroditismo (Edogawa Ranpō, Yumeno Kyusaku). Con la excepción de Kawabata, Tanizaki y Edogawa, los demás no han sido por desgracia traducidos al castellano.<sup>24</sup> Tanizaki, de gran osadía temática en todas sus novelas, tiene una, *Manji*, publicada en 1930, donde el laberinto de identidades sexuales de los personajes se centra en la pasión de Okasan, una burguesa casada, por otra mujer que tiene su propio amante masculino. A pesar de gestos esporádicos de censura dirigida a materiales «pornográficos», el tratamiento de la sexualidad no convencional fue bastante amplio en el Japón anterior a 1940.

Hay que destacar entre todos ellos a una mujer extraordinaria, Miyamoto Yuriko (1899-1950), comunista militante y encarcelada, lesbiana y divorciada —a pesar de provenir de una familia rica—. Gracias a su valor y talento supo abrir brechas en la literatura japonesa que antes de ella estaban marginadas o completamente cerradas. Todas sus obras es-

tán basadas en experiencias de su vida. Su famosa novela *Ippon no hana* («Una flor», 1927) marcó un hito en la literatura lesbiana japonesa. Está basada en la relación de ocho años de la autora con Yuasa Yoshiko, una conocida erudita de literaturas eslavas, y toca un tópico hasta entonces inédito: el amor de una mujer por otra. Las luchas internas de sus personajes femeninos son simbólicas de los magnos cambios sociales que se estaban produciendo en un Japón dividido entre militarismo y modernización. En una época de notable turbulencia social Japón, su obra y vida admirables fueron pioneras en el movimiento feminista japonés.<sup>25</sup>

La posguerra de Japón a partir de 1945, a pesar de las profundas secuelas espirituales que supuso para todo el país, extendió unas libertades civiles e individuales desconocidas para el pueblo japonés. Los cambios en las estructuras que definían los papeles tradicionales del sexo y de la familia, tanto en el campo jurídico como en el social, fueron considerables.

En el tratamiento de la homosexualidad masculina después de la guerra hay que destacar a las escritoras Mori Mari y Tomioka Taeko y, sobre todo, a un autor de culto en Occidente, Yukio Mishima. La publicación en 1949 de *Confesiones de una máscara*,<sup>26</sup> de Mishima (1925-1970), sobre el despertar homosexual de un niño y adolescente en una sociedad represora, lejos de ser censurada, catapultó al es-

critor de veinticuatro años a la fama. El mismo autor habría de jactarse más tarde que desde el *Nanshoku* de Saikaku, la suya fue la primera obra en tratar abiertamente de la homosexualidad.<sup>27</sup> Es instructivo comparar las dos obras por la diferencia en las tradiciones literarias de las que partían. Mishima escribió su obra como podría haberlo hecho un escritor occidental: su código de expresión estaba basado en una estrategia dual de señalar y de ocultar, como afirma Schallow.<sup>28</sup> La misma pero más crípticamente utilizada por Marcel Proust en su obra magna *En busca del tiempo perdido* o, incluso, por Thomas Mann en su *Muerte en Venecia*, donde los sentimientos homoeróticos parecen servir de metáfora de la muerte anunciada, del dominante esteticismo y de una decadencia física y espiritual. Una estrategia necesaria porque el escritor en su tiempo, y en el Japón domesticado en el corral de la moralidad occidental, no se sentía libre de hablar claramente sobre sus sentimientos homosexuales.

En todos esos casos, la máscara era el resultado de un estigma, pero la urgencia de «señalar» brotaba del deseo del escritor de expresarse. Ihara Saikaku, por el contrario, escribía sobre homosexualidad usando un código totalmente distinto. La literatura popular de su tiempo, el siglo XVI, como hemos demostrado, no consideraba el amor homosexual —al menos el masculino— como anor-

mal o perverso, sino que estaba santificado por una tradición literaria mucho más amplia. En tal tradición era innecesario «señalar y ocultar». Las relaciones íntimas entre adulto y adolescente del mismo sexo, en mayor grado aún que las existentes entre hombre y mujer, se trataban en términos del código de conocedor, del hombre entendido, del *connoisseur*. La sexualidad era, en efecto, un aspecto más de la vida social y proporcionaba un foro para demostrar la sofisticación y el buen gusto del individuo.

Otra obra de Mishima sobre el tema es *El color prohibido* (también publicado en Alianza Editorial, pero desde una versión inglesa). Esta obra, de 1951, describe el mundo oculto de los sodomitas de Tokio. Podría pensarse que el autor formaba parte del mismo, pero no parece ser cierto teniendo en cuenta que cada vez que visitaba los bares gays descritos en la novela para recoger material, nunca lo hacía sin un escolta proporcionado por la revista *Gunzō* en la cual la novela se iba publicando por entregas semanales.

La espléndida tradición de literatura escrita por mujeres de la época de Heian, tras un silencio de ocho siglos, está renovándose en el siglo XX con figuras que no podían omitir los nuevos comportamientos sexuales y la creciente permisividad social hacia la homosexualidad en Japón, pareja a la está conociendo en cada vez más países de Occidente.



Entre ellas y ateniéndonos a la temática que nos ocupa, se puede destacar el relato de Mori Mari, la hija del mencionado Mori Oogai, titulado *Koibitotachi no mori* («El bosque de los enamorados»), de 1957, que trata de una relación homosexual que culmina en un asesinato, una obra alabada por Mishima por su tratamiento del mundo de los homosexuales en el Japón de los años cincuenta.

Tal vez sea innecesario destacarla, por la popularidad que ya goza en Occidente, a Banana Yoshimoto, que explora las nuevas situaciones domésticas surgidas tras el desmoronamiento del sistema familiar tradicional de Japón. Así, en su popular *Kitchen* (1987), Eriko, un personaje transexual y trágico, es el eje de una atmósfera familiar a la vez cálida y extraña.

Otra autora, controvertida en Japón por su franqueza en los asuntos sexuales de su obra y el carácter fuerte de sus personajes femeninos, es Yamada Eimi. Su producción es polémica porque rompe muchos tabús sobre mujeres, sexo, sexualidad y prostitución —ella misma fue prostituta antes de ser una dibujante de *manga* y luego escritora—. Un elemento frecuente en la ficción de Yamada Eimi es el la atracción física entre mujeres. Casi todas sus narraciones están centradas en la relación entre la narradora femenina y una amiga que frecuen-

temente asume los términos de hermana mayor-hermana menor (*senpai-kōhai*).

La brecha abierta en la primera mitad del siglo XX por Miyamoto Yuriko sobre el tratamiento literario del lesbianismo será aprovechada por una autora contemporánea como Matsūra Rieko y el popular Haruki Murakami. Personajes bisexuales son frecuentes en las obras de Ryū Murakami. Además, nuevas luces sobre comportamientos sexuales transgresores de la deconstrucción del sistema familiar de la segunda mitad del siglo XX han alumbrado relatos y novelas que tratan del incesto (Kurahashi Yumiko, Kanai Mieko y Uchida Shungiku). Temas de androginia, hermafroditismo y transexualidad han sido explorados en la obra literaria de Banana Yoshimoto, Kanai Mieko, ya mencionadas, y Hirano Kichirō.<sup>29</sup>

No cabe duda que en la rigidez de la estructura familiar japonesa tradicional (*ie*) institucionalizada en el galopante periodo de modernización de Meiji (1868-1912) pero desmoronada a partir de 1945 está la clave para entender la amplitud y profundidad con que los comportamientos sexuales no convencionales son cultivados en la literatura contemporánea japonesa.

Un cultivo más en el jardín prodigioso de la literatura japonesa. ¿Cómo podrían faltar en él algunas azaleas entre rocas?

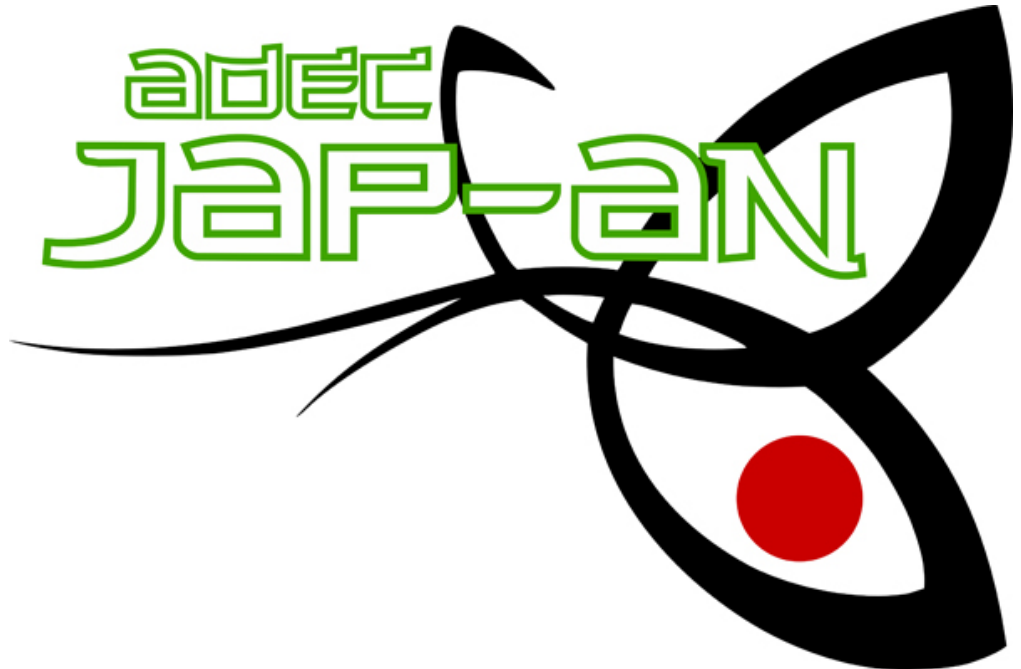
## Notas

1. *Kokinshū wakashū*, Tokio: Shinchō Nihon Koten shū-sei, Shinchōsha, 2002; ed. de Okumura Tsuneya, nº. 595, p. 186.
2. Hay dos traducciones al español: *Kokinshū. Colección de poemas japoneses antiguos y modernos* (Madrid: Hiperión, 2005, ed. y trad. de Carlos Rubio); y *Poesía clásica japonesa* (Madrid, Trotta, 2005, ed. y trad. de Torquil Duthie). En la versión del autor de este artículo el poema mencionado aparece traducido así: *Vuelven recuerdos / cuando las azaleas / al monte visten. / Y yo aquí, sin hablar / de este amor que me quema*. Se ha intentado preservar la medición en 5/7/5/7/7 sílabas del original, así como preservar la aliteración del comienzo del tercer y cuarto verso del original, en «iwa», reproduciendo otra con el fonema /ke/ en el segundo verso de esta nueva traducción.
3. Véase al respecto, «General Nogi's Wife: Representations of Women in Narratives of Japanese Modernization», de Sharalyn Orbaugh, en *Pursuit of Contemporary East Asian Culture*, ed. por Xiabing Tang and Stephen Snyder, pp.7-13, (Boulder, Colorado, EE.UU.: Westview Press, 1996).
4. *Christianity, Social Tolerance and Homosexuality* de John Boswell (Chicago: Chicago U. Press, 1980), pp. 269-302. También: S. Murray, *Social Theory, Homosexual Realities* (Nueva York: Gai Saber Monograph, 1984) y L. Strauss, *Persecution and the Art of Writing* (Wesport, Conn: Greenwood Press, 1976).
5. Furukawa Makoto, «Dōseiaisha no shakai shi» ('Una historia social de los homosexuales'), en *Wakaritai anata no tame no shakaigaku nyūmon*, Series Bessatsu Takarajima 176, ed. de Ishi Shinji (Takarajima, 1993), p. 218-222.
6. C. Lisón Tolosana, *La fascinación de la diferencia* (Madrid: Akal, 2005), p. 19.
7. Citado por D. Richie, *Japanese Literature Reviewed* (Nueva York: ICG Muse, 2003), p. 116.
8. C. Lisón, *obra cit.*, p. 193.
9. Las citas de esta obra de Saikaku, en *Ihara Saikaku shū 2. Nihon koten bungaku zenshū*, vol. 39 (Tokio: Shogakukan, 1970-1976), p. 353 y sigs. Hay traducción inglesa de P. G. Schallow, *The Great Mirror of Male Love*, Stanford: Stanford U. Press, 1990.
10. Ese y otros mitos, excepto el del pájaro que mueve la cola, aparecen en el gran relicario de los mitos y leyendas del antiguo Japón del que hay traducción española: *Kojiki. Crónicas de antiguos hechos de Japón* (trad. de C. Rubio y R. Tani, Madrid: Trotta, 2007).
11. Es el título de la traducción de A. Cabezas (Madrid: Hiperión, 1988), pp. 99-101. Hay otra traducción de esta obra, *Cuentos de Ise* (trad. de J. Mas López, Madrid: Trotta, 2010).
12. *Nanshoku...*, *obra cit.*, p. 355.
13. Así lo ha titulado en su traducción Justino Rodríguez (Madrid: Hiperión, 1986).
14. Para un análisis general de las leyendas que rodean a Kūkai, véase el artículo de Joseph Kitagawa «Master and Savior» en *On Understanding Japanese Religion* (Princeton: Princeton U. Press, 1987). En cuanto a la leyenda de Kūkai como «niño divino», es tratada en Guth en «The Divine Boy in Japanese Art» en *Monumenta Nipponica*, 42: 4 (1987), pp. 1-23.
15. En oposición a la «práctica fácil» de la escuela budista de la Tierra Pura (*Jōdō shinshū*), de gran popularidad en esos siglos.
16. En los siglos XIII y XIV casi cien monjes japoneses estudiaron en China. De los 469 monjes cuyas vidas se relatan en el *Honchō kōsō-den*, 93 visitaron China, casi una quinta parte del total (S. Katō, *A history of Japanese Literature. The first thousand years*, Tokio: Kodansha, 1979, 1 vol, pp. 277-278).
17. Katō, *obra cit.*, p. 283.

18. *Heike monogatari* (Madrid: Gredos, 2005), p.718.
19. *Kodansha Encyclopedia of Japan*, (Tokio: Kodansha, 1986), vol. 3, p. 218.
20. A. Kimi Coaldrake, «Women in *gidayū* during Meiji: masters or mistresses of the tradition», *New Directions in the Study of Meiji Japan* (ed. de H. Hardacre y A. L. Kern, Leiden: Brill, 1997), pp.203-218.
21. Citado en *Claves y textos de la literatura japonesa*, del autor de este artículo (Madrid: Cátedra, 2007, pp. 582-583.
22. *Vita sexualis* (trad. de F. Rodríguez-Izquierdo, Madrid: Trotta, 2002).
23. Más en R. J. Bowring, *Mori Oogai and the modernization of japanese culture* (Cambridge: Cambridge U. Press, 1979), p. 228.
24. Alba Editorial publicará próximamente una excelente novela de Nagai Kafū.
25. Más sobre ella, en el artículo de Noriko Mizuta Lippit «Literature and Ideology: The Feminist Autobiography of Miyamoto Yuriko», en *Reality and Fiction in Modern Japanese Literature*, pp. 146-162, Armonk, Nueva York: M.E. Sharpe, 1980.
26. Hay una reciente traducción desde el original japonés por R. Sato y C. Rubio (Madrid: Alianza, 2010).
27. D. Keene, *Dawn to the West* (Nueva York: Columbia U. Press, 1998), p. 1184.
28. En su edición citada de *The Great Mirror...*, p. 5.
29. Véase «Gender, Family and Sexualities», de Sharalyn Orbaugh, en *Modern East Asian Literature* (ed. de Joshua Mostow, Nueva York: Columbia U. Press, 2003), pp. 43-51.



Número patrocinado por:



e-mail: [adecjapan@gmail.com](mailto:adecjapan@gmail.com)